



La Semana de Arte Moderno cien años después

FERNANDO PÉREZ¹

1922 fue uno de esos años que parecen condensar varios años en uno, cristalizar las fuerzas difusas de la historia, los cambios culturales todavía no decantados, en fin, eso

que solíamos llamar el “espíritu de la época”, en un conjunto de obras deslumbrantes e inolvidables. En el ámbito angloparlante, tenemos ni más ni menos que *La tierra baldía* de T.S. Eliot y el *Ulises* de James Joyce, junto a otras obras algo menos conocidas de Virginia Woolf, D.H. Lawrence y F. Scott Fitzgerald. En filosofía es el año del *Tractatus* de Wittgenstein. En Alemania, Bertolt Brecht publica *Baal* y Herman Hesse su *Siddharta* mientras Kafka escribe *El castillo* y Rilke sus *Sonetos a Orfeo* y *Elegías de Duino*. En Latinoamérica, tenemos a *Trilce* de César Vallejo y *20 poemas para ser leídos en el tranvía* de Oliverio Girondo como representantes

¹ Fernando Pérez Villalón es escritor y académico del Departamento de Lengua y Literatura y Director del Departamento de Arte de la Universidad Alberto Hurtado.

de las vanguardias, y *Desolación* de Gabriela Mistral como muestra de una poesía que no calza cómodamente en esa corriente.

La Semana de Arte Moderno que se organizó en el Teatro Municipal de São Paulo del 13 al 17 de febrero se proponía ofrecer una muestra de todo lo actual en el campo de las artes. Los organizadores lo lograron, con todo el escándalo polémico que una vanguardia podía desear: durante los 3 días (13, 15 y 17) que duró el evento, hubo una presentación de pinturas y esculturas en el vestíbulo del teatro, varias conferencias sobre estética moderna, recitales de música, incluyendo composiciones de Heitor Villa-Lobos, y poemas de varios integrantes del grupo. El público reaccionó con gritos de rechazo a algunas manifestaciones, pero claramente los modernistas ganaron la batalla a largo plazo. Como diría Mário de Andrade en su evocación de la semana, si bien hubo varios excesos (de los que él se arrepentía), se logró introducir irreversiblemente en la literatura brasileña un registro oral, temas cotidianos, una nueva sensibilidad. Fue un momento en que la literatura brasileña se puso al día con las últimas modas estéticas del mundo, pero también un momento de pensamiento original, de surgimiento de un conjunto de maneras de mirar Brasil y América Latina que seguirían reverberando en el curso de todo el siglo.

Por cierto, todos estos fueron modos de pensar lo moderno que tenían enormes limitaciones: por nombrar algunas, la fotografía y el cine no se incluyeron como manifestaciones artísticas, ni tampoco la música popular emergente que terminaría

siendo tal vez el mayor aporte brasileño a la cultura mundial del siglo XX. Los escritores que protagonizaron la semana eran en su mayoría varones, miembros de la elite burguesa acaudalada de los principales centros urbanos del Brasil de entonces, Río y São Paulo (en el campo de la música y las artes hubo una mayor presencia femenina, con figuras como Guiomar Novaes, Anita Malfatti y luego Tarsila do Amaral). Su visión de Brasil estaba fuertemente circunscrita por esas coordenadas, que ellos mismos cuestionarían más adelante. Pero se trató indudablemente de un acontecimiento, en el sentido que le dan algunos pensadores: un hecho que no es mera consecuencia de lo que lo antecede, un hecho en gran medida inanticipable que cambia las coordenadas de lo real y abre nuevos horizontes de vida, de praxis y de pensamiento.

Es por eso que quisimos conmemorar la semana en su centenario, con este conjunto de ensayos y de traducciones de Mario Cámara, Luz Horne, Jorge Manzi, Alex Martoni, Guilherme Ribeiro y Fernando Pérez que intentan volver a mirar el evento desde sus resonancias en la actualidad, sin excluir la consideración crítica de lo que en ella sucedió. Mario Cámara se detiene en la contemporaneidad del modernismo y la creación de la “prisión modelo” de Carandiru para interrogarse sobre las relaciones entre modernidad, trabajo y régimen carcelario; Luz Horne rastrea en la obra (posterior) de Clarice Lispector la posibilidad de un modernismo menor, que parte de algunos de los impulsos de su contraparte oficial, pero acoge otras voces y propone un futuro distinto en su relación con el feminismo y la ecología, entre otras

diferencias. Jorge Manzi interroga los vínculos entre algunos aspectos del modernismo de Mário de Andrade, en su *Paulicea desvariada*, y el proyecto estético contemporáneo del escritor y artista Nuno Ramos, a partir de la noción de desmesura. Alex Martoni vuelve sobre la semana sacando la cuenta de qué nos dejó como marco para pensar la cultura brasileña, pero también revisando sus complejas exclusiones y limitaciones de género, raza y clase, y propone una mirada que al mismo tiempo la degluta y la descolonice, mientras que Guilherme Ribeiro estudia el lugar a la vez protagonista y reprimido de la oralidad en el proyecto cultural y estético del modernismo. Finalmente, Fernando Pérez traduce una muestra de la poesía de Oswald de Andrade, todavía insuficientemente difundida en castellano, y en la que se perciben bien los rasgos aún refrescantes de este movimiento que ahora cumple un siglo.

Nos sumamos con este puñado de ensayos a las numerosas conmemoraciones y conversaciones que se intentan hacer cargo, con mirada crítica y celebratoria al mismo tiempo, del legado modernista en su complejidad y de sus vínculos con nuestro igualmente ambiguo y convulsionado presente.

